

Zapata, Carnero Checa

Toda una vida de lucha

Humberto Musacchio

Eran de la estirpe de Mina y Rocafuerte. Mario Zapata y Genaro Carnero Checa, nacidos en España y Perú, respectivamente, sirvieron y honraron a México. No al México de las opulencias insultantes y las desigualdades sin término. Ellos vaciaron sus talentos en favor de lo mejor de este país y su futuro.

Sus vidas tuvieron mucho de ejemplar, en la coincidencia y la disidencia. Ambos fueron militantes comunistas de los años duros. Antonio Pérez pasó 20 años haciendo política en la clandestinidad a que obligaba el franquismo, y ahí se ganó el nombre definitivo: Mario Zapata. Fue organizador, dirigente, cuadro financiero y todo aquello que le requirió el Partido Comunista Español. Sus entradas y salidas de territorio franquista eran siempre con riesgo de su existencia. En trece de esas salidas llegó a México. Aquí cumplía deberes partidarios y se ganaba la vida como periodista, como autor y editor de libros.

Mario supo de la persecución, de la cárcel y el hambre de los seres libres. Comunista disciplinado, dio la pelea contra el estalinismo. Cuando la perdió —derrota temporal, según demostraría el tiempo—, se alejó de la vida partidaria, no de la militancia ni de la crítica. Jorge Semprún, en su *Autobiografía de Federico Sánchez*, al condenar a la dirección del PCE, hace una excepción: Mario Zapata.

En sus últimos años, tiempo ya cabalmente mexicano, analizaba con rigor, en las páginas de *El Día*, los hechos internacionales. Su crítica, que no se detenía ante dogmas ni santones, le ganó —contaría a quien esto escribe— una reprimenda de su director, Enrique Ramírez y Ramírez, el que consideraba *antisoviéticos* los juicios de Zapata.

Mario, independientemente de los años cumplidos, murió joven. Tan joven, que el surgimiento del Partido Socialista de los Trabajadores fue para él motivo de muchas esperanzas, bien pronto frustradas. Después apoyó con su colaboración y presencia otros proyectos periodísticos —*Nexos*, *El Machete* y *Di*, entre ellos— y estaba a punto de aparecer como director de una revista del Crea, obviamente dirigida a la juventud.

Al morir, sus afanes los dedicaba a la discción del socialismo *real* y a la crítica de sus lastres. Trabajaba desde hacía algunos meses en una monografía de México que al quien debe terminar.

También como producto de la intransigencia sectaria, Genaro Carnero Checa abandonó el Partido Comunista Peruano. Cuando

estuvo en él, su actuación cobró tintes legendarios a causa de su audacia. Cuentan que estando ante las cámaras de televisión Eudocio Ravines —el ex dirigente de la III Internacional—, convertido ya en profesional del anticomunismo, Genaro se irritó por los exabruptos de su rival en las pantallas. Se fue, pues, al estudio de TV, y como le negaran la entrada, subió a la azotea del edificio y desde ahí cayó en el estudio, precisamente ante las cámaras, donde la emprendió a golpes contra Ravines, en vivo y en directo para regocijo de los televidentes.

Genaro estuvo presente en la histórica reunión de Montevideo, en 1950, cuando por primera vez se intentó agrupar a los trabajadores latinoamericanos del periodismo con independencia de sus patrones. Entonces estaban unos y otros en la Sociedad Interamericana de Prensa, preciado instrumento de Washington en favor de la guerra fría. El sueño de una agrupación independiente se concretaría un cuarto de siglo después, en México, al fundarse la Federación Latinoamericana de Periodistas (Felap), en la cual fungió como secretario ejecutivo hasta su muerte.

Los nada escasos gobiernos dictatoriales de Perú lo obligaron, una y otra vez, a emigrar. México era su refugio. Aquí militó en el Partido Popular, en la misma célula que Ramírez y Ramírez y José Revueltas, por quien se hizo público este hecho en un escrito póstumo.

Colaborador de *Siempre!*, de *El Día* y muchas otras publicaciones, era un vicioso del olor a tinta. Su línea periodística fue el antimperialismo militante, del cual se ocupó también en sus libros. Amigo personal de Kim Il Sung y de Luis Echeverría, gestionó ante éste el establecimiento de relaciones entre ambos países, pero real o supuesto el entrenamiento de guerrilleros en Corea del Norte, denunciado por LEA en su primer informe, pospuso la formalización de nexos entre ambas naciones hasta fecha muy reciente.

Cuando el asesinato de Ignacio Rodríguez Terrazas, corresponsal de unomásuno en El Salvador, las energías que aún le dejaba el cáncer lo convirtieron en un activista de la denuncia y la protesta. En el aeropuerto y frente a la embajada del gobierno militar salvadoreño lo tuvimos junto a nosotros. Lo tenemos hoy, como a Mario Zapata, por su ejemplar oficio de periodistas al servicio de la verdad y del futuro.